

Brasil y Argentina, semejanzas y diferencias¹**Jorge Vasconcelos**jvasconcelos@ieral.org

Brasil y la Argentina son un bien equipado laboratorio para el análisis comparado. Ambos países salieron a muy buen ritmo de la recesión de 2009, con la característica en común de una marcada apreciación de sus monedas, que abrió paso a una empinada inflación en dólares. Sin embargo, después de la crisis se han diferenciado en cuanto a la capacidad de generar puestos de trabajo. Mientras en el vecino país el nivel de empleo privado de 2010 fue 8,4 % superior al de 2008, en la Argentina el avance respecto de 2008 fue de sólo 1 %. Replicando la performance brasileña, se podrían haber creado 492 mil nuevos puestos en los últimos dos años, en lugar de los 57 mil observados.

Es posible que la diferencia que ha sacado Brasil en la post-crisis tenga que ver con dos factores principales: a) un aprovechamiento más integral de sus recursos naturales para el desarrollo de sus cadenas productivas; b) una gama más amplia de opciones para el financiamiento de la inversión, que requiere de instrumentos de largo plazo. Un tercer factor, más difícil de cuantificar, es el hecho que en la Argentina los costos laborales han subido bastante más que los salarios de bolsillo, por cuestiones fiscales, riesgos de trabajo y conflictividad (esta última, en parte derivada de la inflación)

¹ Artículo publicado en el diario Perfil el 14 de Mayo de 2011

Las “ventajas competitivas” de la Argentina respecto de Brasil no han sido suficientes para emparejar el recorrido del empleo, aunque sí la trayectoria del PIB. ¿Cuáles son esas ventajas? En artículos anteriores se han destacado dos principales: a) la Argentina destina mucho menos recursos a pagar intereses de deuda que Brasil, lo que le ha permitido expandir la inversión pública. La suma de intereses de la reestructurada deuda pública argentina no llega a 2 puntos del PIB, una carga que en Brasil es de 6 puntos; a la inversa, la obra pública en nuestro país triplica a la del vecino, medida en puntos del PIB. b) si bien la Argentina no dispone de financiamiento de largo plazo en forma significativa, el crédito para capital de trabajo de las empresas conlleva tasas de interés reducidas en términos reales (descontada la inflación). Esto también es válido para las familias en préstamos de consumo. En cambio, en Brasil, aquellas firmas que no acceden a líneas subsidiadas del Bndes tienen que hacer frente a un costo financiero que triplica o cuadruplica el de la Argentina en términos reales. Para las personas físicas, el costo promedio de los créditos en Brasil es de 45 % anual, cuando la inflación es de 6,5 %.

Puesto en otros términos, el crecimiento del vecino país ha tenido un sesgo proempleo mayor que el de la Argentina en el último período, pese a elevadas tasas de interés por fuera de las líneas Bndes y pese al magro aporte que realiza la obra pública.



¿Dónde estuvo entonces la diferencia?

Un primer factor puede estar originado en un aprovechamiento más integral de los recursos naturales por parte de Brasil, bajo la forma de cadenas de valor.

El segundo vector explicativo es el financiamiento de largo plazo, que le ha permitido a Brasil encarar nuevas inversiones, y no sólo reponer aquellas que se van amortizando. Esta diferencia se explica por el bajo riesgo país, respeto de contratos, menor inflación y la existencia del Bndes.

Vayamos por partes.

La fuerte apreciación de las monedas de ambos países, que ya es tendencial, hizo que la creación de empleo se haya debilitado en todos aquellos sectores “mano de obra intensivos” expuestos a la competencia internacional. Ni Brasil ni Argentina son ahora países de “mano de obra barata”. El ocaso de la era del “dólar alto” debe desplazar el dinamismo del empleo hacia actividades o bien vinculadas al mercado interno (construcción, comercio, servicios) o bien con ventajas competitivas genuinas, aportadas por el conocimiento (software, biotecnología), los recursos naturales o la escala (dicho sea de paso, este último requisito implica que la Argentina, por lo limitado de su mercado, debería cuidar al MERCOSUR mucho más de lo que lo ha venido haciendo).

En cuanto a los recursos naturales, para que puedan ser fuente de empleos, se requiere el desarrollo de las cadenas productivas asociadas. Junto con la actividad principal, la expansión de los proveedores (aguas arriba) y de quienes industrializan y comercializan productos de mayor valor agregado (aguas abajo).

Como es sabido, la Argentina introdujo retenciones y cupos que provocaron algún efecto desaliento para la producción y para sus proveedores (disimulados cuando los precios internacionales suben). En cambio, por diversos motivos, Brasil no lo hizo. Adicionalmente, nuestro país introdujo restricciones a ciertas exportaciones, que produjeron un efecto dominó sobre actividades que utilizan a los granos como insumos. Cuando se prohibieron las exportaciones de carnes vacunas, la caída artificial de su precio afectó decisiones de inversión de sustitutos (aves, cerdos), que no podían competir en ese momento contra el

alimento preferido de los argentinos. Pasaron varios años hasta que el precio de la carne rebotara, y ese tiempo no es tan fácil de recuperar.

Aunque no fueran parte de un plan, en el último período también se registraron interferencias sobre la operatoria exportadora de granos, lo cual también puede afectar decisiones de inversión y empleo. No debe olvidarse que, paradójicamente, la cadena productiva con mayor grado de industrialización aguas abajo es la de la soja, ya que el grueso se exporta con una o dos transformaciones (harina, aceites, biocombustibles).

Así es como en ambas puntas del sector agropecuario, las distancias entre ambos países se han ensanchado. En maquinaria agrícola, por ejemplo, Brasil y la Argentina exportaban por montos similares 10 años atrás, pero ahora la relación es de 7 a 1, con ventas de 1.870 millones de dólares/año por parte del vecino, de acuerdo a un estudio efectuado por el economista Juan Garzón. En el otro extremo, un sector que en la Argentina se ha expandido, como es el aviar, parece muy lejos de su potencial, porque la relación de exportaciones netas de carne aviar entre Brasil y nuestro país es de 23 a 1.

Razonamientos análogos puede hacerse para el caso de la energía, la foresto-industria, etc. En la medida que dejamos de ser países de “mano de obra barata”, estas diferencias se hacen más relevantes.

Vinculado con la capacidad de generar empleos, el otro gran vector de diferencias entre Brasil y la Argentina pasa por el capítulo del financiamiento de largo plazo. No debe olvidarse que en 2007, cuando ambas economías crecían en forma robusta y con abundante generación de empleos, el riesgo país era similar y ahora la relación es 3 a 1, mientras que las controversias alrededor de los índices y de la inflación en la Argentina apenas comenzaban.

Por el contrario, y por citar un solo caso, actualmente el crédito hipotecario en Brasil es un boom, con el efecto que esto tiene sobre el empleo del sector construcciones.

Atentos a estas dificultades, en nuestro país se ha reflatado la idea del Bndes local. Es una decisión que tiene pros y contras, porque en Brasil el volumen de esta institución derivó en la segmentación del crédito, siendo mucho más oneroso para familias (personales y de consumo) y pymes que no acceden a las líneas subsidiadas.

Aquí, para lanzar líneas de largo plazo en moneda local, habría que recurrir al fondeo de la ANSES. Pero para esto, el Tesoro nacional debería comenzar a prescindir de esos recursos, recurriendo al mercado o a fondos genuinos para hacer frente a sus vencimientos.

Ahora bien, si se lleva adelante ese replanteo fiscal, habría una caída del riesgo país y, con algunas medidas adicionales (mayor independencia al Banco Central), podría configurarse un plan de estabilización que baje drásticamente las expectativas de inflación. Con inflación descendente será mucho más factible realizar contratos de mediano y largo plazo sin recurrir al dólar o a mecanismos de indexación. En ese caso, el propio sistema bancario local podría comenzar a ofrecer créditos a mayor plazo (apoyados en línea expandidas de la SEPYME), sin necesidad de una marcada segmentación del mercado como existe en Brasil.